

RAYOS Y SOMBRAS

brador? Entrégate enteramente al Dios que adoras, y no te confundas con los hombres que viven en constante y rumorosa agitación.

I

* * *

FUNCIÓN DEL POETA

I

¿Por qué te aislas, ¡oh poeta! entre la multitud? ¿Qué son para ti los partidos, caos sin rayos? En su atmósfera viciada, muere marchita tu poesía, su soplo disipa tu incienso, y tu corazón en las serviles luchas, es como esas hierbas de las ciudades que pisan los pies de los transeuntes.

* * *

En las brumosas capitales, ¿no oyes con espanto cómo se chocan esas dos potencias, el pueblo y el rey? Sus odios y sus rencillas, ¿por qué quieres que hieran tus oídos, oh poeta, maestro, sem-

Alma depurada, vete a resonar en el concierto pacífico; flor sagrada, vete a abrir tu corola bajo los amplios cielos del desierto; busca, soñador, las soledades, las grutas discretas; busca el olvido para encontrar el amor; busca el silencio para oír la voz severa y tierna de las alturas; busca la sombra para ver brillar la luz.

* * *

Vete a los bosques, vete a las playas; confunde tus cantos inspirados con la canción de las hojas y con el himno de las olas; Dios te espera en las soledades; Dios no se encuentra entre las muchedumbres; el hombre es pequeño, ingrato y vano; en los campos todo vibra y suspira; la

naturaleza es la gran lira, de la que el poeta es el arco divino.

* *

Librate prudentemente de nuestras tempestades; que para ti las cosas del Imperio, que pasan peligrosamente sin brújula y sin timón, sean como el bajel que en sombría noche de diciembre ve pasar el pescador desde el fondo de su choza, en la que yacen amontonadas las secas redes, oyendo el ruido siniestro que mueven los mástiles agitados por la tormenta.

II

—¡Ay! exclama el poeta; estoy enamorado de las aguas y de los bosques, y brotan en mí los más felices pensamientos de sus apacibles murmullos. La creación no conoce el odio, ni pone obstáculos ni cadenas. Los prados y los montes son bienhechores; los soles me explican las rosas, y ante la serenidad de las cosas, mi alma brilla por todas partes.

* *

Te amo, santa naturaleza, y quisiera absorberme en ti, pero en este siglo de lucha, cada uno se debe a los demás, cada pensador constituye una fuerza. Dios creó la savia para el tronco, las ramas

floridas para los pájaros, el arroyo para la hierba de las llanuras, para las bocas las copas llenas de licor y el pensamiento para los espíritus.

* *

Así lo quiere Dios en estos tiempos revueltos en los que cada uno trabaja y sirve. Malhaya el que diga a sus hermanos: me vuelvo al desierto; malhaya el que se calza las sandalias cuando los odios y los escándalos atormentan y agitan al pueblo; vergüenza al pensador que se mutila y, cantor inútil, abandona la ciudad.

* *

El poeta, en tiempos impíos, debe preparar la venida de días mejores. Es el hombre de las utopías; debe tener los pies aquí y las miradas en otra parte; ya se le insulte, ya se le elogie, semejante a los profetas, debe sostener en la mano una antorcha, y agitándola sobre todas las cabezas, hacer llamear siempre el porvenir.

* *

Comprende, cuando los pueblos vegetan, que sus sueños llenos de amor se componen de las sombras que en él proyectan los hechos que brillarán un día. Se burlan de él; mas, ¿qué importa? Piensa, y más de un alma escri-

be en el silencio lo que la multitud no comprende. Compadece a sus frívolos despreciadores, pero sabe que hay sabios falsos que al oírle se le ríen en voz alta y que, no obstante, meditan en voz baja.

* *

Muchedumbre que extiendes sobre nuestras ilusiones las olas de la duda y de la ironía, como el Océano sobre las playas su resuello y sus sollozos, la idea augusta que te regocija aun tartamudea en estos momentos, pero lleva el sello de la vida. Eva contiene la raza humana, un huevo contiene un águila, una bellota contiene la encina y una utopía es una cuna.

* *

De esa cuna, cuando llegue la hora, veréis salir deslumbrados una sociedad mejor, para corazones mejor preparados a recibirla; de ella veréis salir el deber que da a luz el derecho, el orden santo, la fe triunfante y las costumbres, ese cambiante grupo que al andar alegre o lúgubre, va sembrando tras sí algo, que la ley recoge cuando pasa después.

* *

Mas para cobijar esos poderosos gérmenes se necesitan corazones inspirados, puros, firmes,

penetrados de rayos divinos. Sin marineros naufraga el bajel, y como a los dos flancos de un navío, para hender las olas de la multitud insensata, a los dos costados del pensamiento es preciso que remen grandes espíritus.

* *

Lejos de vosotros, santas teorías, códigos prometidos del porvenir, está ese retórico de pálidos labios, que vive sin esperanza y sin recuerdo, que siguió en otros tiempos la luz de vuestra estrella, pero que después, rasgando el velo de las ilusiones, dejó que violasen su alma lo que hay de más infame: la avaricia y la ambición

* *

Lejos de vosotros, esos escribas de corazón sórdido, que en secreto dicen con impudencia a la espléndida corrupción: «Cortesana, acarciame!» y que a veces, en su embriaguez, del templo donde soñó su juventud se atreven a repasar el camino y acercarse hipócritamente a las ideas castas, llevando en las manos el hedor de la crápula.

* *

Lejos de vosotros, esos doctores, de los que desconfía el sabio, que a su pesar es severo con ellos; esos doctores que en su propio

interés, comercian con la filosofía; mercaderes viles y enriquecidos que abrigan el templo y que turban las oraciones del sacerdote, fijando en las columnas de la iglesia sus inmundos escritos.

* *

Lejos de vosotros, esos jóvenes infames que cuentan sus días por noches y que las pasan deshonrando a las mujeres que el hambre arrastra al antro del vicio; cobardes que, cuando delirán, debe decirles una voz secreta: «Esa mujer que el oro atrajo y que la orgía hizo caer, no tuvo más remedio que elegir entre dos tumbas entre la *Morgue* y tu lecho.»

* *

Lejos de vosotros, las insensatas cóleras que rugen en las callejuelas; lejos de vosotros, esos gatos populares que se convertirán en tigres algún día, y los aduladores del pueblo o del trono, y los egoístas, que de sí hacen el centro y lo mejor, y todos aquellos que son tizones sin llama, cuyo pecho está sin alma, cuya alma está sin Dios.

* *

Si sólo existiesen semejantes hombres, ¡justo Dios, con qué amargura el poeta maldeciría este siglo! Se velaría la faz, y llorando al caer el día, de pie en el umbral

de su casa, al descender la noche siniestra, arrojaría la ceniza a los cuatro puntos del horizonte.

* *

Pero Dios nunca nos abandona; nunca, ocultándose tras los montes, el sol desaparece por completo; siempre en los silenciosos valles, siempre en las almas ciegas, siempre en los corazones que el orgullo corrompe, deja brillar algunos rayos en las cimas y las verdades en algunas frentes.

* *

Valor, pues, espíritus pensadores, cerebros que roe la ansiedad, corazones enfermos, almas heridas que rogáis y que pensáis.

* *

Doctores que vagáis sin objeto y sin tregua, que creéis que con sólo extender la mano veréis adquirir forma a vuestros pensamientos en la obscuridad de los caminos;

* *

Filósofos cuyo espíritu padece, y que poseídos de divino espanto os agarráis a los bordes del abismo, suspendidos de las malezas del barranco;

* *

Náufragos de todos los sistemas que de la borrasca triste y

vencedora saustéis temblando, sin salvar de ella más que vuestro corazón;

* *

Sabios que veis nacer el alba todas las mañanas en medio de las flores y que regresáis bañados de celestes claridades;

* *

Hombres perseverantes que deseáis conseguir la felicidad y no perdéis nunca por completo la esperanza, ese paño del manto del Señor;

* *

Tened, tened valor, que en la sombra o en la espuma, el fin aparecerá muy pronto: el género humano, empañado por la bruma, es el enigma, pero no es la palabra.

* *

Bastantes noches y bastantes tempestades han oscurecido vuestras vidas; levantad la frente, levantad los ojos, que brilla la luz en las alturas.

* *

¡Pueblos! ¡Oid al poeta! ¡Escuchad al sagrado soñador! En vuestra noche, que sin su auxilio sería incompleta, sólo él vierte alguna luz. Penetrando en la obscu-

ridad de los tiempos futuros, sólo él distingue en sus senos sombríos el germen que todavía no se ha desarrollado. El poeta es cariñoso como una mujer, y Dios habla a su alma en voz baja, como habla a los bosques y a las olas.

* *

El es el que, a pesar de los abrojos del camino, a pesar de la envidia y de las burlas, marcha inclinándose sobre las ruinas y recogiendo las tradiciones. De la tradición fecunda sale todo lo que cubre el mundo, todo lo que cobija el cielo. Toda idea humana o divina, que echa raíces en el pasado, extiende su ramaje en el porvenir.

* *

El poeta brilla y refleja su luz sobre la verdad eterna; su alma la hace resplandecer con maravillosa claridad, inundando con su luz las ciudades y los desiertos los palacios y las cabañas, los llanos y los montes. La enciende para todos, porque la poesía es la estrella que guía hasta Dios a los reyes y a los pastores.

75 de marzo.—1.º de abril de 1839.

II

EL 7 DE AGOSTO DE 1829

Era el 7 de agosto; era el primer día de su último año de reinado. Solos, en un real sitio, dos hombres, caminando el uno al lado del otro, por lugares en que tenían que tocarse codo con codo, iban hablando. Ese recuerdo quedó grabado en mi corazón. El primero tenía el aspecto triste, grave y fatigado, y su débil cabeza soportaba un grave proyecto. Dos charreteras, con corona, sobrecargaban su uniforme verde, con orillo purpurino, y la orden del Toisón caía sobre su pecho, suspendida por un largo cordón ondeado de azur cambiante. Era un rey anciano, con los cabellos plateados, que se doblaba bajo el peso de los años y bajo el peso de la monarquía. El otro era un joven que jamás visitaba los palacios, un poeta, un viandante, una voz inútil.

* *

Estaban hablando los dos sin festigos, sin misterios, en un gabinete sencillo y solitario, pero majestuoso. Las acciones de los hombres dejan sus huellas en los sitios donde pasan: bajo aquel

mismo techo realizáronse en otros tiempos grandes sucesos y ocurrieron grandes ideas. Allí mismo, cruzando las dos manos sobre la espalda, conmoviendo el piso con sus terribles pasos, con frecuencia el emperador, siendo señor del mundo, absorto en sus colosales proyectos, paseaba desde la puerta hasta la ventana.

* *

Una mesa y un sillón de terciopelo reflejaban en las lunas de un espejo sus pesados y dorados pies. Por una puerta-vidriera se entreveían en otras cámaras multitud de armarios de Boule, de vajillas del Japón, de lacas, de esmaltes y de candeleros de oro de muchísimos brazos; se entreveía un salón rojo adornado con espejos de Venecia, lleno de bronce griegos, en el que se multiplicaban las arañas de cristal.

* *

¿De qué trataban el poeta joven y el rey anciano? De un pobre ángel caído, del amor que redimía el alma de Marion, lavándola como a la Magdalena, que hacía cojear, que la estropeaba, arrastrándola, la censura, serpiente que la había mordido en el pie.

* *

El poeta quiso presentar en el teatro a Luis XIII, a ese monarca

que era gobernado por un sacerdote, a todo un siglo, a un marqués, a verdugos, a locos, a batederos, para que acudiese la multitud y para que a través del llanto, en un drama chispeante y sombrero, viera pasar la sombra del pálido cardenal.

* *

El anciano vacilaba: «¿Para qué sirve presentar sin velos a Luis XIII, a ese rey miserable? ¿para qué remover su cadáver en la tumba? ¿A qué conduce esto?... ¿No han pasado ya esos tiempos? ¿no vamos caminando hacia la libertad? ¿No es hora ya, después de quince años de prueba, de restablecer el dique y de contener el río? Ciertamente, un rey puede tomar lo que ha dado. En cuanto al teatro, estando como está minado el trono, es necesario ahogar con las dos manos llamas tan audaces, porque el público es el pueblo, y una comedia puede hacer brotar chispas que enciendan el fuego de las revoluciones.»

* *

Con el debido respeto a los reyes, el poeta luchaba firmemente, como hombre apasionado por el arte y por la libertad, y contestó al noble anciano: —«Todo es grave en este siglo, en el que nada está fijo. El arte tranquilo y poderoso se expresa con franqueza. Le pertenecen los reyes muertos; nadie

puede disputárselos: no es su enemigo, y no hay por qué encolerizarle ni entregarle al odio de los que desean torturarle; ¡no deben torturar al poeta, cuya mano cerrada está llena de truenos! Los tiranos de abajo perjudican al rey de arriba. El pueblo, que lo presencia, recoge las palabras de la Musa cuando la indignación, hasta el rey que se reverencia, sube desde la frente pensadora del artista. Señor, no debemos apoyarnos en lo que se bambolea: la censura es un techo ruinoso, mal apuntalado, dispuesto siempre a desplomarse sobre las gentes que abriga. Señor, el soplo imprudente, lejos de apagar aviva la hoguera, y de un arte luminoso hace un arte incendiario. Por otra parte, deseando sólo que adquiriera verdadero esplendor real esta gran nación, en vez de los cuadros dignos de imitación que ofrecía en ella el gran Luis, el Rey-sol, que teniendo bajo su cetro el equilibrio del mundo hacía dichoso a Racine y dejaba en libertad a Molière, se ofrece el espectáculo que causan un grupo de censores armados, que hablan en voz baja, y que, cazadores traidores, acostados en tierra, esperan la hora en que el drama, ese digno león, entre en su antro, esto es, en la historia.»

* *

Al llegar aquí vió el anciano, volvió hacia él la cabeza, y llevando más allá su pensamiento

inquieto, olvidándose del drama y del poeta, éste, pensativo sondeaba el vasto destino que entreveía en el fondo de aquel triste rey. Después, escogiendo palabras que no pudiesen herir los augustos oídos, díjole: que los tiempos traen consigo corrientes irresistibles; que ni puentes, ni canales, ni subterráneos, ni nadie, excepto Dios, puede detener y domar las olas del pueblo, cuando llega la hora de la marea alta para este Océano; que el navío más poderoso zozobra o se pierde cuando quiere navegar contra la corriente y contra los vientos; que en esta lucha insensata siempre encuentra rocas donde destrozarse detrás de él; siempre encuentra al siglo, a las costumbres, y el espíritu al que osa oponerse, y que debía haber servido de puerto para salvar la nave. Hijo de una vendeana—prosiguió el poeta,— en su corazón no habría ya acaso amor pero no anidaba el odio y le suplicaba que creyera, al menos en aquellos momentos, al que se inclinaba mirando hacia el pasado, y cuya compasión era como una hiedra, que se pegaba a los reyes, esto es, que se pegaba a las ruinas. El destino hace a veces terribles jugadas, y los reyes deben pensar, en sus días tempestuosos, en la nube oscura que se ve aparecer en el lejano horizonte. Para el que no piensa, en aquellos días aparecía tranquila la Francia; pero en su cielo, empañado por escasa bruma, en el que

todo parecía azul, él, que era pensador, veía a cada momento la luz lejana de algún relámpago.

* *

Carlos X, sonriendo, respondió: —«Oh, poeta!»—Pbr la noche todo estaba resplandeciente de luz y de alegría en aquella festividad; gozoso Saint-Cloud, veía llegar hasta él soldados, príncipes, criados, que atropelladamente llegaban al suntuoso palacio, cuya fachada, reproducida por el reflejo en el Sena, parecía acariciar cariñosamente las líneas de sus árboles. Chispeando el Louvre, parecía contestar a su júbilo desde lejos, allá en el centro de la ciudad; y ese regio conjunto ofrecía un aspecto tranquilo, y su reposo solemne tenía un no sé qué de grandioso, que parecía que había de ser eterno.

* *

¡Holyrood! ¡Holyrood! ¡Abadía fatal, en la que la ley dura, amarga e inflexiva del destino está escrita por todas partes; claustro, palacio y tumba, cuyos muros austeros encierran a los reyes, a la muerte y a Dios; a esos tres grandes misterios, a esas tres sombrías maiestades!...

* *

Castillo desmoronado, valle expiatorio, en el que el pensador

o ye en los aires y en la historia, dando un doble consejo a los ambiciosos, dos voces confundidas que rugen: el rumor del mar profundo y el ruido lejano de las revoluciones.

* *

Soledad, donde algunas veces se ven venir los cervatillos de las colinas inmediatas a hollar bajo las encinas los céspedes dormidos, y que para aspirar el viento en el claro del bosque, asustados y temblando, se empinan sobre sus pies.

* *

Noble iglesia, donde rezaban los reyes del tiempo viejo, que bajo los arcos góticos tenían por pavimento las tumbas de los monarcas sus antecesores; puerta tan custodiada en otros días por guardias y por arqueros, y que un pastor ahora cierra por medio de una vieja llave.

* *

Pradera, en la que, cuando la guerra agitaba aquella comarca, los lores montañeses reunían a sus clans semisalvajes y sus groseros batallones; en la que ahora, sobre la hierba y al sol, bajo la hiedra, las viejas descalzas, que marchan sobre las piedras, ponen a secar sus andrajos.

* *

¡Holyrood, Holyrood! Los abrojos brotan en tus losas. Las cabras pacen al pie de tus torres feudales. ¡Oh furor de los ardientes rivales que corren a encontrarse! ¡Amores! ¡Damley! ¡Rizziol ¿qué es de vuestra nada? ¡Los dos están allí, uno al lado de otro, convertidos, respectivamente, en una sombra y en una mancha que ensucia el pavimento!

* *

¡Terrible lección se desprende de tus bóvedas fúnebres, que pueden leer los humanos en tus trastornados muros, que tienen impreso el sello de una fortuna extraña, y que se ven iluminados por ese reflejo de luna que lanza el pasado...!

* *

¡Oh palacio, oh ruina, rodeados de augusta aureola, benditos seáis! Ante vosotros nos inclinamos con respeto, porque el anciano rey de Francia encontró allí hospitalidad melancólica y sombría, que reciben y que devuelven los Estuardos a los Borbones.